

EL CAMINO DE LA MUERTE

Publicado en Verbo núm 321-322 (1994)

José MIGUEL SERRANO RUIZ-CALDERÓN

No parece muy apropiado comenzar un ciclo que se denomina «la semana de la vida» con el poco sugestivo título «el camino de la muerte». Incluso temo que la elección de este título haya disuadido a muchos de los posibles asistentes de este ciclo, toda vez que en nuestra época esto de hablar de la muerte es considerado de muy mal tono, (sobre todo, entre nosotros, esto de hablar de la muerte sólo adquiere un valor utilitario, en este caso para reforzar el mito de la salud, como, por ejemplo, convenciendo a algún ciudadano descarriado de abandonar el así denominado vicio del tabaquismo. Por otra parte, quizás con estas cosas armemos de razón a los hedonistas que contemplan a los cristianos como una gente fúnebre, especialmente dedicada a amargar la vida al prójimo con historias de crucificados, que huirían de una vida de esclavos con referencias a una muerte cierta y a un hipotético futuro, tras la muerte, siempre la muerte. Esta aparente sorpresa se expresa plenamente con el apelativo de «osarios» con el que algunos paganos denominaron a nuestros templos. Y, sin embargo, esta conferencia inaugura la semana de la vida. Una de las múltiples semanas de la vida que los cristianos estamos celebrando en numerosos lugares. Una de esas semanas de la vida humana que nos quedan a los aparentes fúnebres. Los otros, o celebran la semana de la vida del grillo, los ecologistas, o de la «otra vida»,

Publicamos con mucho gusto el texto de la conferencia pronunciada por nuestro colaborador el profesor José Miguel Serrano, en el Aula de Teología de la Universidad Complutense, el día 5 de noviembre de 1993.

los teósofos. Y no podía ser de otra forma toda vez que los que aquí venimos confesamos al que se proclamó el camino, la verdad y la vida. Y, no contentos con esto, profesamos que venció a la muerte y al pecado.

Esto de la muerte, como el pecado, parece que fue vencido, y al ser vencido fuimos liberados, liberados de una esclavitud que entre otras cosas nos impide hacer el bien que queremos y no el mal que no queremos (1). Ahora bien, si la muerte fue vencida lo que no parece es que pueda ser ignorada. Y no podemos ignorarla porque, entre otras cosas, más que un acontecimiento futuro de llegada más o menos cercana, es un dato que marca nuestra condición humana desde nuestro nacimiento, es decir, nos vemos aquí obligados a repetir la obviedad de que somos mortales.

La liberación de la muerte, producida tras el acontecimiento real de la Resurrección del único que podía vencer a la muerte, permite mirar de frente este acontecimiento que sobrecogía el alma antigua; explica también nuestra desesperada resistencia a un acontecimiento de por sí inevitable, toda vez que fuimos creados para la vida y no para morir, y fue nuestro pecado el que nos garantizó un destino tan terrible; permite mirar a la muerte con alegría, con la sorprendente alegría con la que tantos la afrontaron, incluso en nuestra España, tan recientemente, en el martirio.

Podemos afirmar que procedemos de una cultura de la vida, inaugurada por Dios que afrontó libremente el terrible trance de la muerte, Padre y Hermano Mayor, que se hizo igual a nosotros salvo en el pecado (2).

Esta superación de la muerte tiene, como hemos señalado, poco que ver con su ignorancia, con ocultarla; se oculta lo que se

(1) «Porque sé que no habita en mí —esto es en mi carne— cosa buena; pues el querer está en mí, pero reconozco que el obrar lo bueno no; pues no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero». *Rom.* 7, 18-19. Y, sin embargo, «nada hay, pues, ahora de condenación para aquellos que están en Cristo Jesús. Porque la ley del espíritu de la vida en Cristo Jesús, te libró de la ley del pecado y de la muerte». *Rom.* 8, 1-2.

(2) «Pero Dios lo ha resucitado, rompiendo las ligaduras de la muerte, porque era imposible que ésta dominara sobre Él». *Act.* 2, 24.

teme o lo que avergüenza, no lo que es explicado y vencido. Tenemos así una cultura de la vida que puede mirar a la muerte.

Por el contrario, si miramos a la cultura dominante en la sociedad en la que vivimos, observaremos que oculta la muerte de una forma casi total, lo que resulta sorprendente, no sólo desde la perspectiva de la civilización cristiana, sino incluso desde la perspectiva de la civilización antigua (3). Es más, lo mismo sucedería si nos despojásemos de nuestra supuesta superioridad y utilizáramos los parámetros de sociedades contemporáneas en las que no se ha producido el proceso de secularización, esas sociedades que llamamos del Tercer Mundo; donde vive, por cierto, la mayoría de la gente. Este no mirar a la muerte, ocultarla, que alcanza el rasgo cruel de la soledad del moribundo, define nuestra sociedad del bienestar, ¿todavía del bienestar?, constituyéndose en uno de sus rasgos más característicos. En palabras de Jorge Arregui: «Esta actitud mayoritaria ha llevado a hablar en la perspectiva psicosociológica de una auténtica represión de la muerte, en el sentido de que ha pasado a ser un tema tabú en nuestra sociedad. Utilizando una metáfora que ha llegado a ser tópica, cabría decir que parece que todas las censuras que antes recaían sobre la sexualidad recayeran ahora sobre el fenómeno de la muer-

(3) En palabras de Jorge V. Arregui, en su excelente monografía sobre el tema: «El miedo al sufrimiento parece haberse convertido en la actitud más constante frente a la muerte futura y, en consecuencia, se ha generalizado un deseo imperioso de evitar a toda costa la agonía, propia y ajena. Lo único importante es que el enfermo no sufra, que no experimente angustia ante su propia muerte. Aparece en este punto, una cierta confabulación universal. No se trata ya sólo del personal médico y sanitario, o de la propia familia, sino del moribundo mismo que se ve obligado a disimular su condición. Para la familia, la única necesidad perentoria es que no sufra el enfermo, y para éste, lo más importante es que la familia no lo pase mal. Todos saben la situación pero todos actúan como si no la supieran. Hay una negativa universal pactada a aceptar el hecho ineludible de la muerte, y todo el mundo se limita a representar un papel, convirtiendo la muerte en una auténtica farsa». JORGE V. ARREGUI, *El horror de morir*, Tibidabo, Barcelona, 1992, pág. 33.

te, produciéndose una auténtica represión de la idea de la muerte» (4).

Tenemos pues una sociedad que no mira a la muerte, salvo quizás en los restos tradicionales que permiten definirla como postcristiana. Ahora bien, cabe preguntarse si esta sociedad, que no se atreve a mirar ya a la muerte con la serenidad de antaño, sigue afirmando la vida con la fuerza que está en la base de nuestra civilización. Nos hemos referido a unos restos tradicionales sin los que no sería posible comprender íntegramente lo que nos sucede. En estos restos cabe observar algo de lo que fue la actitud ante la muerte. ¿Cuál era la antigua serenidad perdida? Es algo más difícil de explicar de lo que parece pero quizás unos breves versos nos sirvan de recordatorio de algo que existió y apenas pervive:

«Después de puesta la vida
tantas veces por su ley
al tablero;
después de tan bien servida
la corona de su rey
verdadero; .-: . . .
después de tanta hazaña
a que no puede bastar cuenta cierta,
en su villa de Ocaña
vino la Muerte a llamar
a su puerta
diciendo—"buen caballero,
dejad el mundo engañoso
y su halago; vuestro corazón de acero
muestre su esfuerzo famoso
en este trago;
y pues de vida y salud
hicisteis tan poca cuenta
por la fama,
esfuércese la virtud
para sufrir esta afrenta
que os llama"»

(4) JORGE V. ARRECUI, *El horror de morir*, Tibidabo, Barcelona 1992, págs. 30-31.

y continua:
 «Así con tal entender,
 todos los sentidos humanos
 conservados,
 cercado de su mujer
 y de sus hijos y hermanos
 y criados
 dio el alma a quien se la dio
 (el cual la dio en el cielo
 en su gloria)
 que aunque la vida la perdió
 dejónos harto consuelo
 su memoria» (5).

El contraste con los gustos contemporáneos es tan evidente que no es preciso insistir más en ello. Pero, quizás, podríamos preguntarnos lo siguiente. Perdida la mirada ante la muerte, ¿conservamos, tal vez, la fuerza de la vida? Convendría igualmente aclarar qué es esto de la fuerza de la vida, ya que en los tiempos que corren una expresión así podría muy bien ser tomada por título de una película pornográfica. Sin embargo, esta fuerza de la vida, entre nosotros, no es ya el impulso sexual toda vez que, como ha descrito con acierto Jerome Lejeune, hemos conseguido con la anticoncepción hacer el amor sin hacer el niño, con la procreación artificial hacer al niño sin hacer el amor, con el aborto deshacer al niño y con la pornografía deshacer el amor (6).

(5) Como es evidente cito las *Coplas a la muerte de mi padre* de JORGE MANRIQUE. Me interesa especialmente señalar el ideal de muerte, acompañado y consciente.

(6) «Este inmenso descubrimiento confiere a nuestro comportamiento amoroso una perspectiva ignorada por todos los otros vivientes. Así resulta que disociar el niño del amor es, para nuestra especie, un error de método: la contracepción, que es hacer el amor sin hacer al niño, la fecundación extracorporal, que es hacer al niño sin hacer el amor, el aborto, que es deshacer al niño, y la pornografía, que es deshacer el amor, se encuentran, en diversos grados, en contradicción con la moral natural. JEROME LEJEUNE, «Variaciones procreativas», en el vol. colectivo *Biotecnología y futuro del hombre: la respuesta bioética*, Eudema, Madrid, 1992, pág. 109.

Así, esta fuerza de la vida debe relacionarse con la capacidad efectiva de transmitirla. En definitiva esta fuerza de la vida, aunque sea de forma estadística, se debe medir por nuestra capacidad de perpetuarnos, es decir, de tener hijos. No voy a recordar ante este auditorio hasta qué punto nuestra sociedad ha conseguido reducir el número de sus hijos hasta iniciar un peligroso proceso de estancamiento y de regresión. Lo sorprendente es que, por una de esas paradojas a las que desgraciadamente nos estamos acostumbrando, se dice que mediante la anticoncepción no se tienen hijos para no tener que abortarlos. Eso sí cuando alguno se escapa, bien que nos encargamos de facilitar que se le aborte; para colmo de paradojas de esto se encarga el ministerio de Sanidad.

Este tema no es secundario, y define a nuestras comunidades de forma mucho más decisiva que otros apelativos con los que con entusiasmo las califican los medios de comunicación al servicio de la ideología. Y resulta así que de esto tampoco se habla, como antes hemos visto que no se hablaba de la muerte. Antes bien, en comunidades donde se vislumbran como inminentes los peligros del envejecimiento de la población, lo que se oye repetido como el tópico contemporáneo más característico es el conocido discurso de los riesgos de la explosión demográfica (7). E incluso las instituciones internacionales de promoción de la infancia se dedican con entusiasmo a que no haya más niños, para lo cual venden tarjetas de felicitación, que los que tenemos niños compramos con entusiasmo. Como el ingenio abunda más que la decencia, nuestros gobernantes encuentran solución para todo, y otra de nuestras flamantes ministras, esta de Asuntos Sociales, ha propuesto una «solución global» que no «final», sirva esta aclaración de advertencia a los malévolos. La solución social para nuestros problemas demográficos es una política mundial de adopciones. Por lo que además de robarle los recursos al Tercer Mundo le robaríamos los niños, ¡O¹ que es el colmo del socialismo contem-

(7) La vinculación entre las organizaciones internacionales dependientes de la ONU, especialmente la FAO, y el neomalthusianismo ha sido muy bien tratado por ARNAUD DE LASSUS en *La politique mondiale de planification des naissances*, editado por Action Familiale et Scolaire, Paris.

poráneo. O traducido a una hipótesis menos ideologizada, lo que se trata es de que quienes tienen que parir son las mujeres pobres para que las mujeres ricas y liberadas puedan seguir liberándose, lo que es una propuesta social digna de Zsa Zsa Gabor.

En conclusión, nuestra sociedad que no habla de la muerte, mantiene escaso entusiasmo por la vida, entendiendo por esta no una reconstrucción panteísta donde la especie humana es una entre tantas, sino el deseo de perpetuar la propia especie y la propia cultura sobre este planeta.

Esto podrá parecerles a muchos exagerado, y es normal que así sea, si atendemos a las raíces de los autores del permanente griterío ideológico que casi oculta la voz de la verdad. Ahora bien, si atendemos a la voz de quién no ha aceptado el compromiso con la situación actual, y sostiene la esperanza frente a la desesperación, me refiero a Juan Pablo II, podremos convenir en que el diagnóstico que venimos trazando surge del simple hecho de mirar a la realidad tal cual es.

Frente a la cultura de la vida, que hunde sus raíces en la cristianización, aparece una cultura de la muerte, presente en los estertores de la modernidad, y ligada a esta sociedad, que no sin cierta ironía podemos seguir llamando del bienestar. En palabras del Santo Padre en Denver: «Este mundo maravilloso—tan amado por el Padre que envió a su Hijo único para su salvación (cfr. *loh* 3, 17)— es el teatro de una batalla interminable que está librándose por nuestra dignidad e identidad como seres libres y espirituales. Esa lucha tiene su paralelismo en el combate apocalíptico descrito en la primera lectura de la Misa. La muerte lucha contra la vida: una cultura de la muerte intenta imponerse a nuestro deseo de vivir, y vivir plenamente. Hay quienes rechazan la luz de la vida prefiriendo "las obras infructuosas de las tinieblas. Cosechan injusticia, discriminación, explotación, engaño y violencia". En todas las épocas, su éxito aparente se puede medir por la matanza de los inocentes. En nuestro siglo, más que en cualquier otra época de la historia, la cultura de la muerte ha adquirido una forma social e institucionalizada de legalidad para justificar los más horribles crímenes contra la humanidad: el genocidio, las

soluciones finales, las limpiezas étnicas y el masivo "quitar la vida a los seres humanos aun antes de su nacimiento, también antes de que lleguen a la meta natural de la muerte"» (8).

Por si alguien pretendiese una componenda, es evidente en este texto que Juan Pablo II no duda en comparar e incluir en el mismo saco, aquello que resulta más repelente al discurso oficial contemporáneo, los crímenes del totalitarismo, con algunas prácticas que lejos de considerarse desviaciones o excesos, aparecen como hitos fundamentales del proceso de liberación del hombre, es decir, la generalización del aborto y de la eutanasia intencional.

Una cuestión que debemos resolver, con preferencia a las inagotables conversaciones sobre indicaciones, plazos, divisiones celulares y tratados de farmacopea a las que hemos sido conducidos por cierta bioética al uso, es dónde se encuentra la raíz de este proceso homicida que caracteriza a nuestra sociedad y, ligado a esto, cómo el mismo puede presentarse como una liberación. Una actitud contraria nos llevaría a lo que, no sé si con término afortunado, podríamos denominar una bioética de defensa, que se constituiría en la aportación de raíz tradicional al conjunto de despropósitos en que estamos sumidos. En este sentido, conviene recordar que hasta los radicales necesitan una derecha, lo que no está claro es que algunos queramos ser la derecha de los radicales.

Un primer dato que conviene considerar es que este proceso coincide con otro que ha sido calificado como la descristianización. No crean ustedes que esto de la descristianización se ha podido afirmar con claridad en un aula de teología como esta. Hasta poder gritar que el rey estaba desnudo éste se paseó un buen rato en tan ridículo estado, y ha hecho falta que el Pontífice llamase a la Nueva Evangelización para que este tema recobrase el puesto merecido en nuestras reflexiones, eso sí, con permiso de los irreductibles que prefieren seguir haciendo discursos y planes pastorales sobre un mundo que no existe.

(8) De la homilía de la Santa Misa celebrada en Cherry Creek el 15 de agosto de 1993. Recogido en el volumen *Desde Denver a los jóvenes*, Palabra, Madrid, 1993, pág. 110.

El tema de la descristianización, con ser muy relevante, pues esto de no matar al feto en el seno de su madre y no rematar a los ancianos moribundos tiene mucho que ver con el cristianismo (9), no resuelve nuestro problema. En efecto, cabe preguntarse porqué nos ha dado por aquí, y no por cumplir los bellos discursos y declaraciones que jalonan nuestro universo jurídico-político de buenas intenciones. Si hiciésemos caso a dichos discursos la infancia estaría protegida, la familia sería pilar básico de nuestra sociedad, los gobiernos serían representativos, y en definitiva el hombre adulto liberado de Dios habría establecido un paraíso en la Tierra.

Que esto no es así resulta tan obvio que incluso las sirenas del sistema se ven obligadas a cambiar de discurso, sustituyéndose cada vez más estas palabras por el aburrido y desencantado rumor de la postmodernidad.

En estos tiempos, y con referencia a los temas que venimos tratando, ha surgido como nueva ciencia la bioética. Si atendemos a su etimología, significa ética de la vida, lo que desde luego podría sonar a redundante. Los que hayan prestado atención a las discusiones de la nueva ciencia habrán observado, quizás con cierta sorpresa, que en las discusiones bioéticas el tema fundamental ha pasado a ser no la vida sino cuándo se puede matar. El analista bioético aparece como un sujeto bastante macabro que dedica su tiempo a buscar argumentos para poder matar al feto a partir de determinada semana, según tenga o no determinado tipo de células, o que presta especial cuidado a determinar qué tipo de barbaridades y cuáles no, se pueden hacer con el embrión no implantado; en este punto parece haberse trazado la distinción entre civi-

(9) Recuérdese desde la Didaché: «Segundo mandamiento de la enseñanza: no matarás, no adulterarás, no corromperás a los jóvenes no fornicarás no robarás, no practicarás la magia ni la hechicería, no matarás al niño mediante aborto ni le darás muerte una vez que ha nacido...» Didaché, Doctrina de los doce apóstoles, II, 2, manejo la edición de Ciudad Nueva, Madrid, 1992 y recuérdese que el texto comienza afirmando: «Dos caminos hay, el de la vida y el de la muerte; pero grande es la diferencia entre los dos caminos».

lizado e incivilizado en la clonación: es incivilizado quien lo clona, civilizado quien lo compra, lo vende, lo manipula, lo destruye pero eso sí no lo clona. Que justifica el desarrollo y aplicación de métodos diagnósticos cuyo objetivo primordial es saber si se debe o no matar al paciente, como está pasando con la medicina, ¿todavía medicina?, prenatal. Y que dedica horas a determinar en qué circunstancias se puede o no eliminar a un paciente cuya enfermedad aparentemente no tiene cura, o qué tipo de escrito hay que conseguir que rellene para matarlo (10).

Tomando un poco de distancia no deja de resultar sorprendente que nos haya dado, a estas alturas de la historia humana, por esta acción que adquiere proporciones apocalípticas, en el sentido más exacto del término, así de nuevo con Juan Pablo II: «La lectura de hoy, tomada del libro del Apocalipsis, presenta a la Mujer rodeada por fuerzas hostiles. La naturaleza absoluta de su ataque está simbolizada en el objeto de su intención malvada: el Niño, el símbolo de la vida nueva. El "dragón", el "príncipe de este mundo" y el "padre de la mentira", intenta incesantemente desarraigar del corazón humano el sentido de gratitud y respeto al don original, extraordinario y fundamental de Dios: la misma vida humana. Hoy, esa batalla ha llegado a ser cada vez más directa» (11).

En consecuencia, cuando alguien se dedica a la bioética, se pregunta, a partir de determinado momento, donde está la razón de todo lo que nos viene sucediendo. La primera explicación que puede venirnos a la mente está fuertemente relacionada con el rasgo más relevante de nuestra sociedad, denominada fundamentalmente sociedad del bienestar. En palabras de Augusto del Noce: «Pero hay que comprender que por sociedad del bien-estar se quiere indicar la que considera el bienestar como fin; esta precisión es indispensable, porque muchas veces se considera como tal

(10) Se me podría acusar de caricaturizar la reflexión bioética, pero en cierta medida ésta parece presa del mal que se denunciaba en cierto moralismo del siglo XIX, es decir, dedicarse fundamentalmente a buscar la diferencia entre lo malo y lo absolutamente impresentable.

(11) De nuevo cito lo homilía de Cherry Creek, *op. cit.*, pág. 111.

aquella sociedad que, movida por la conciencia moral y religiosa de la unidad del género humano o, sencillamente, por el deseo de eliminar tiranteces revolucionarias (dos fines que pueden aunarse muy bien), quiere una mayor difusión del bienestar entre los menos favorecidos y subdesarrollados» (12). Entendida en su primer sentido, la sociedad del bienestar parece triunfante sobre sus dos rivales más característicos, por un lado, el marxismo severamente derrotado en un pulso que ha durado casi medio siglo; por otro, el riesgo siempre latente de un despertar religioso, tantas veces anunciado y tantas veces pospuesto.

Desde la perspectiva bioética el bienestar como único e inmediato objetivo social daría razón de algunos de los procesos que nos sorprenden; en efecto, si atendemos al tema del hundimiento de la natalidad y del aborto, observaremos que una explicación posible de la extensión de la aceptación social del aborto está fuertemente ligada a la mentalidad anticonceptiva, de aceptar esta hipótesis quedaría demostrada la falacia de la propuesta "más anticoncepción menos aborto", que es el paradigma donde se ha atrincherado buena parte del discurso progresista. Desde esta perspectiva la verdadera propuesta sería "más anticoncepción, más aborto". Por usar un símil, en este tema el aborto juega de portero, una vez superada la defensa de la anticoncepción, o mejor actúa de puntillero ante el fallo de la estocada. La desvinculación entre el acto sexual y la procreación es decisiva para la liberación sexual, fase final del proceso hedonista que ha caracterizado a nuestra sociedad del bienestar. Que el amor libre juega como prejuicio ideológico ha quedado sobradamente demostrado en el espinoso tema del SIDA. A fin de no afectar al «tótem» contemporáneo se ha preferido extender la falsa seguridad del preservativo, maquillando, con grave responsabilidad, los datos de contagio pese al uso del amuleto de plástico. Todo antes de tocar la base ideológica de nuestra civilización. Es evidente que la moralidad o no

(12) AUGUSTO DEL NOCE, «Contestación y valores», ponencia presentada al Congreso internacional sobre «Los valores permanentes en el devenir histórico», Roma, 1968, recogida en el volumen *La agonía de la sociedad opulenta*, Eunsá, Pamplona, 1979, pág. 39.

de ciertos actos no depende del SIDA. Lo que es claramente ideológico es, a la hora de la prevención del SIDA, no señalar la vinculación entre ciertas prácticas y la transmisión, o mejor crear falsas expectativas de des vinculación.

Pero ni siquiera es imprescindible esta explicación de la liberación sexual para dar razón del proceso que venimos analizando, pues el antinatalismo tiene su más directa explicación en el neomalthusianismo, que es la ideología más universal a la que han respondido las diversas agencias de las Naciones Unidas, tanto la FAO, la UNESCO o el UNICEF. La mentalidad neomalthusiana, difundida fundamentalmente en los países que gozan de mayor bienestar, y desde allí impuesta a los subdesarrollados, consiste en definitiva en garantizar el bienestar presente a costa de la Humanidad futura (13). Como toda ideología procede de la proyección de datos falsos, pero también como toda ideología no admite ningún principio de falsabilidad. Resulta así incontestable, sobre todo tras su combinación con el ecologismo radical.

El peculiar hedonismo reinante, que no admite la resistencia de ningún valor, tiene en consecuencia una capacidad corrosiva que resulta sorprendente, y así desde esta perspectiva explicamos, por

(13) Este egoísmo además de estúpido y suicida es culpable. Como se ha señalado con acierto: «La idea motriz de los Estados Unidos, que se plasmó también en la Carta Fundacional de las Naciones Unidas, era que, con el tiempo, todos los hombres deberían alcanzar un nivel de vida material similar al de los norteamericanos... Un programa tan ambicioso no era, ni es, fácil de poner en práctica. Existe una sola posibilidad de realizarlo: el mundo industrializado ha de impulsar el desarrollo del resto del mundo. Pero si resulta que el mundo industrializado sólo ha podido aumentar su nivel de vida a costa de la Naturaleza, sometiendo a la máxima tensión sus recursos económicos, es difícil imaginarse puede hacerse ese mismo esfuerzo en el Tercer Mundo... La única solución para garantizar a la población del Tercer Mundo, a pesar de todo, una calidad de vida aceptable, era frenar por todos los medios posibles la explosión demográfica. Así fue como desde 1950, bajo la dirección norteamericana y con ayuda de organismos internacionales, se proclamó una especie de cruzada contra el niño. Todo para conseguir clavar la garra tecnocrática en lo que se definió como "el peor mal de todos los tiempos"». ANSELM ZURFLUH, *¿Superpoblación?*, Rialp, Madrid, 1992, págs. 52-53.

ejemplo, la crisis de la moral tradicional, de nuevo en palabras de Del Noce: «Existe, pues, en la sociedad del bienestar una evidente contradicción entre el humanitarismo, profesado teóricamente, y el espíritu de deshumanización, prácticamente actuado, en las medidas que disminuyen —y deben necesariamente disminuir— las reservas de valores tradicionales» (14).

Este proceso es igualmente observable en la decisión de no cargar con seres que imposibiliten nuestro bienestar, con la excusa, intolerable, de que al garantizar nuestro bienestar realmente lo que estamos haciendo es garantizar el suyo. Desde esta perspectiva surge el concepto de vida que merece la pena ser vivida, concepto cuyo canon es el control de calidad. Es de esta forma, como la eugenesia, desacreditada por sus implicaciones racistas en la última postguerra, vuelve a ser aceptada generalmente entre nosotros, hasta convertirse en el objetivo fundamental del análisis prenatal. Es esto lo que subyace a la generalización de la eutanasia de quienes no cumplen por un lado el canon de bienestar mientras que por el otro pierden su papel en el proceso productivo.

Obsérvese que por la propia definición de nuestra sociedad, quienes no gozan o producen pierden absolutamente su sustantividad. Igualmente el peculiar discurso que estamos describiendo permite dotar a este comportamiento de una explicación humanitaria, pues, en definitiva, estas acciones parecen dedicadas a disminuir el dolor en el mundo, lo que desde el punto de vista analizado es la única guía del comportamiento correcto. Aún más, en este discurso, y siempre que no se ataque su argumentación de forma radical, resulta que quien se opone a estas prácticas es un fanático que desde posturas de base religiosa o metafísica pretende imponer a los demás un comportamiento que produce dolor o malestar. Por esa razón, son los defensores de estas posiciones los únicos criticables en este universo donde parece que prima una absoluta libertad de expresión.

Con ser esta explicación muy relevante no acaba desde mi punto de vista de justificar totalmente el proceso a que estamos

(14) AUGUSTO DEL NOCE, *op. cit.*, pág. 29.

asistiendo, y al que hemos denominado, parece ya que sin exagerar, el camino de la muerte. En efecto, hay que explicar cómo este hedonismo absoluto da paso a un proceso tan autodestructivo como el que es observable en lo más profundo de la civilización de la muerte (15).

La sociedad del bienestar ha llevado el proceso desacralizador al extremo de la muerte de Dios. Es más, si aceptamos la explicación que venimos siguiendo de Del Noce, no sólo ha eliminado a Dios como hicieron los ateísmos sino que también ha eliminado a la religión tras su victoria sobre el universo semirreligioso del marxismo.

Ahora bien, en este final de nuestro siglo no sólo ha caído el mito marxista sino también el mito que subyace a todo el pensamiento ilustrado, es decir, el progreso y su capacidad de rege-

(15) Como señala el mismo Del Noce: «Si la Ilustración se ha vuelto a descubrir según una disposición negativista, no podía faltar de manera coherente el mayor éxito de lo que ha constituido su orientación más negativa. Lucha, por lo tanto, contra la ética represiva en nombre de la libertad de los instintos; afirmación de la caída de todo valor absoluto; intolerancia en nombre de la tolerancia; negación, siguiendo a Lamettrie, hoy extrañamente elevado a la categoría de gran pensador, de la diferencia cualitativa entre el hombre y el animal, aún admitiendo una evolución que conducirá a un hombre nuevo tan superior al actual cuanto el hombre de hoy supera la más baja de las especies animales. Y paralelamente el immoralismo, por lo cual Sade está ocupando el lugar que en la historia de la moral una vez ocupaban Rousseau y Kant. El fenómeno de la difusión de la pornografía pueden también parecer irrelevante o explicable en base a motivos meramente comerciales, la emancipación de la mujer no se verificaría hoy bajo este signo. Escribía Apollinaire: Justine es la mujer del pasado, esclavizada, infeliz que ni siquiera es considerada a nivel de ser humano; Juliette, en cambio, representa la mujer nueva que Sade entrevé, criatura todavía desconocida que procede de la humanidad misma, que posee alas y renovará el universo». Hemos llegado al punto central. El extremo al cual se puede llegar, siguiendo esta línea de la mentalidad de la Ilustración después del marxismo, es la «muerte del hombre», anunciada por el filósofo estructuralista Foucault, paralelamente a la nietschiana "muerte de Dios". «Tradición e innovación», Comunicación en la Convención «Autoridad y libertad del devenir de la historia», 1969, publicado en *Agonía de la sociedad opulenta*, Eunsa, Pamplona, 1979, pág. 84.

neración moral. El progreso tecnológico no ha mejorado al hombre como ser moral, ni mejora por sí mismo a la sociedad, ni en definitiva produce la felicidad. El agotamiento de la modernidad como valor se traduce en el agotamiento de la posibilidad de producir nuevos valores, puesto en cuestión el subyacente a todo el proceso que analizamos. Por otro lado, como dijimos, los restos de los valores de la civilización cristiana, agredidos por la propia necesidad de novedad que tiene nuestra sociedad no produce ya el sustrato «respetable» que buena parte de los pensadores ilustrados parecían reclamar (16).

En definitiva, lo que alumbra nuestra sociedad es un nihilismo antiheroico, toda vez que el mismo discurso heroico subyacente al nihilismo que habíamos conocido está igualmente en cuestión.

Llegados a este punto podríamos preguntarnos si el haber aceptado el campo de juego del contrario no ha sido un craso error. En efecto, hemos jugado con los racionalistas prescindiendo de las ventajas de lo concreto, arma decisiva frente al racionalismo. Y este abandono de lo concreto se ha traducido en el abandono de la tradición cristiana, «para hacernos más comprensibles», pero, ¿cómo hacerse más comprensible en la abstracción? Como ha expresado Rafael Gamba: «Este espíritu revolucionario, y el consiguiente instinto avanzado funcional en las posiciones personales, no encuentra ya barrera alguna en niveles superiores o en instituciones sacralizadas dentro de nuestra sociedad: faltos de leyes estables y de costumbres respetadas, sin la noción de un orden natural inmutable, sin los "hombres representativos" del tiempo de Sócrates, los sofistas campan hoy en la cumbre misma del orden social, entregados a un juego impío con las creencias y las figuras sagradas que cada día inmolán sacrilegamente a un Mundo desconocedor de otros fines que su propio desarrollo económico. El hombre moderno, llamado a servir como todo hombre, se sirve a sí mismo en la idolatría culminante en que el

(16) Una renovación de esta postura del sustrato respetable, aun en clave moderna aunque agónicamente moderna, en HANS KÜNG, *Proyecto de una ética mundial*, 1.^a ed. española, Trotta, Madrid, 1991.

Hombre se hace objeto de su propia adoración» (17). La característica de nuestro tiempo es que en este proceso el hombre se autodestruye, se minusvalora, se extingue como persona.

En definitiva, la muerte de Dios arrastra a la muerte del hombre, a la disolución de la persona privada del valor único que le otorga el cristianismo. En pocos ejemplos es esto tan observable como en la crisis ecológica. La crisis de la ciencia y de la tecnología, ligada a los efectos que la misma tiene sobre el medio ambiente, se ha traducido en una crisis del mismo hombre representado como un agresor contra «la Madre Naturaleza». El hombre no es ya un ser único reinante sobre la creación, es una especie más con la peculiaridad de que además es una especie agresiva hacia la vida planetaria, hacia una naturaleza que es de nuevo sacralizada (18). Nada bueno cabe esperar de un proceso como el que se ha iniciado demasiado recientemente para que podamos hacer un juicio con perspectiva sobre él, pero que aparece como el último paso de una disolución en que lo humano y cada vida humana se han desvalorizado. Hay algo diabólico en la acción homicida a la que asistimos, mucho de crisis de una civilización en este olvido de los valores más elementales.

Este olvido de los valores más elementales marca otra característica de nuestro tiempo, en nuestra civilización, la ruptura del orden natural. Abandonado a su suerte, vapuleado por las ideologías, la misma conciencia de este se ha evaporado. De esta forma, el mismo no sirve de apoyo para la tarea de nuestro tiempo, la reevangelización. Es más, hay que dedicar enormes energías a su afirmación. ¿Cómo hablar de indisolubilidad del vínculo en la Suecia de los matrimonios homosexuales? ¿Cómo de Trinidad en la Europa atea? ¿Cómo del valor del sufrimiento sin trascendencia?

(17) RAFAEL GAMBRA, *El silencio de Dios*, Prensa Española, Madrid, 1968, pág. 193.

(18) Es un lugar común la estrecha relación entre el ecologismo profundo y movimientos gnósticos como el *New Age*. Véase a este efecto, STRATFORD CALDECOTT, *An approach to the New Age*, Crux Publications Limited, 1992, pág. 3.

En conclusión, afirmamos que los diversos aspectos en los que esta crisis se manifiesta no son sino eso, síntomas de un proceso que no cabe ignorar cuando encaremos cada uno de los problemas que se someten a nuestra acción (19).

Sin embargo, la crisis de la sociedad del bienestar, no puede tener más trascendencia que el mostrarnos los efectos del camino equivocado y desde nuestra responsabilidad superar los riesgos siempre repetidos a los que está sometida la especie humana. La muerte, tantas veces triunfante en apariencia, es vencida por la misericordia divina, desde aquel primer acontecimiento en Jerusalén. Frente a la mentira debemos recordar, nosotros más que nadie que «el esplendor de la verdad brilla en todas las obras del Creador y, de modo particular, en el hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, pues la verdad ilumina la inteligencia y modela la libertad del hombre...» (20).

(19) Por citar en este tema tan trágico la última aportación del Magisterio, conviene recordar que; «La justa autonomía de la razón práctica significa que el hombre posee en sí mismo la propia ley, recibida del creador. Sin embargo, la autonomía de la razón no puede significar la creación, por parte de la misma razón, de los valores y de las normas morales». *Veritatis Splendor*, Décima carta encíclica de Su Santidad Juan Pablo II, 40, pág. 58 de la edición San Pablo, Madrid, 1993.

(20) Así se abre la *Veritatis Splendor* y se cierra esta conferencia.